



❧ REBELIÓN ❧

Las pisadas de Marco Aurelio se oyeron en toda la sala mientras bajaba las escalinatas que le conducían a su reunión con el Consejo local. Caminaba presuroso, apremiando el paso, con una expresión nerviosa. Ya que había decidido convocarles en su propia morada, como anfitrión debía haberles recibido a todos, fueran puntuales o no, y, desde luego, no estaba bien visto que acudiese más tarde. La mueca que velaba su rostro a modo de sonrisa sólo era el esbozo de una disculpa que debía manifestar públicamente una vez se uniera a la asamblea. Se había hecho esperar demasiado.

-Perdonadme, amigos. No tengo excusa. Pero, sentaos, por favor -rogó encarecidamente, mostrándoles su sitio alrededor de una mesa repleta de licor y fruta.- Sentaos.

La congregación, que había permanecido de pie hasta entonces, empezó a acomodarse en torno a dicha mesa, dejando sitio al anfitrión, que, probablemente, sería el último en tomar asiento. Marco Aurelio había dado ya dos palmadas para que los esclavos hicieran su aparición en el espacioso triclinio y sirvieran el vino. Al ver entrar a la servidumbre, algunos asistentes torcieron el gesto y palidieron, como si hubieran visto a la misma Parca. Pero se recobró la normalidad en seguida y Marco Aurelio no percibió absolutamente nada, absorto en atender adecuadamente a sus invitados.

-¿Con qué tema deseáis comenzar la asamblea hoy, amigos míos?

Marco Aurelio arrastraba las palabras con la misma afabilidad de siempre, serenando con aquella actitud tan generosa a sus compañeros. Sus virtudes y cualidades resultaban extrañas en un alto cargo como él, pues era el procurador de la ciudad, el máximo representante del gobierno romano en aquella villa. Por otra parte, Marco no comprendía todavía por qué le habían recomendado celebrar este encuentro en su casa, calificándolo de lugar más seguro. Este hecho concedía un carácter más informal a la reunión.

-Será mejor que tratemos directamente lo que nos preocupa a todos, Marco -aventuró uno de los presentes, recostándose en su cojín.

-¿Y de qué se trata, Claudio?





-¿No has oído nada de los motines? -irrumpió, ceñudo, otro invitado, llevándose unas uvas a la boca. Como siempre, los manjares que ofrecía Marco eran los más exquisitos.

-¿Qué motines? -quiso saber el procurador, manifestando su ignorancia.

-Las refriegas con los esclavos -acotó un tercero.- Hace dos semanas que se están produciendo graves incidentes provocados por la población servil.

-Sí, he oído algo de eso. Pero han sido altercados sin importancia... discrepancias con la servidumbre como las que se dan en cualquier buena familia -repuso Marco Aurelio, indeciso.- ¿No lo creéis todos así, Antonio?

-No -replicó aquél.- El último enfrentamiento acaeció ayer por la mañana, en el embarcadero. Un grupo de esclavos se negó a descargar mercancía. Ante la dureza del castigo que se les impuso, respondieron bruscamente, sublevándose contra su amo y contra quienes estaban con él. Naturalmente, como eran mayoría, diezmaron a los señores, aun estando desarmados, y escaparon dejándolos moribundos.

-¿Tan serio es el asunto? -inquirió el anfitrión, mesándose el cabello.- ¿Pensáis entonces que estos sucesos revisten tanta gravedad?

-Obviamente, Marco Aurelio -afirmó Claudio.

-No creo que exista alguna conexión entre estos accidentes, ya que...

-Estos crímenes no son fruto de la casualidad, Marco Aurelio -interrumpió Antonio asiendo por la túnica a su camarada para que su mirada se posara sobre él-, y no representan un cúmulo de accidentes aislados. Está claro que los esclavos se están encarando con el poder que les rige y han acordado tácitamente adoptar esta postura subversiva.

-Pero, ¿qué querrían en tal caso? Gozan de grandes privilegios. Nuestra ciudad es una excepción, es famosa en toda Hispania, en todo el Imperio, precisamente por la bondad con que se trata a los súbditos. Estoy convencido de que no hay lugar donde se prodigue más benevolencia y se registren menos actos punitivos con los esclavos.

-Es cierto. Pero son esclavos, Marco Aurelio - protestó otro miembro de la asamblea, sorbiendo un trago de vino.

-No lo comprendo.

Marco Aurelio chasqueó los dedos y Veies, su esclavo de confianza, hizo que los demás siervos llenaran de ambrosía las vasijas.





-Tú no puedes entenderlo, porque siempre has sido libre -expuso Antonio, matizando los motivos que justificaban el comportamiento aparentemente irracional de los esclavos.- Están tan acostumbrados a que se les trate bien, e incluso se les llegue a ofrecer la amistad, que han perdido el temor a la autoridad de sus señores. Ya no distinguen las líneas que separan y diferencian al amo y al lacayo. A disgusto con su condición, quieren ser iguales porque se creen iguales.

-El código es transparente a este respecto, ¿no, amigos?

-No les importa el código, Marco Aurelio -dijo Claudio, cruzándose de brazos y fijando la vista en el procurador.

Hubo una pausa. Todos guardaron silencio y se limitaron a saborear las delicias que el procurador les brindaba. Marco Aurelio se reincorporó y paseó por el triclinio. Era objeto de todas las miradas.

-¿Qué sugerís vosotros entonces?

-Exigimos que se aumenten y recrudescan los castigos y se enseñe a los esclavos qué espacio ocupa cada ser en esta ciudad. -Antonio enmudeció, al igual que Marco Aurelio, quien no daba crédito a lo que estaba escuchando. Tras muchos esfuerzos, había conseguido que su comunidad fuera dominada por la armonía y la concordia y ahora le conminaban a obrar en contra de sus principios para restituirla. Sin embargo, debía admitir que, en vista de las circunstancias, parecía la medida más oportuna, por drástica que resultara.- Y te advertimos, Marco Aurelio, porque tus esclavos también pueden volverse contra ti.

Después de la discusión sostenida con sus compañeros de política, Marco Aurelio se quedó a solas durante horas, sopesando el posible origen de la difícil situación que vivía la ciudad. Se preguntaba cómo había alimentado su ignorancia todo ese tiempo mientras el tremendo presagio corría en forma de rumores por las calles y era conocido por todos. Estaba entristecido porque se avecinaban momentos fatídicos en su mandato, justo lo que siempre había tratado de impedir. Al parecer se había tratado demasiado bien a los siervos, puesto que ni los más afines a sus amos habían respetado la potestad de éstos. Y con esos injustos delitos reclamaban la libertad que la ley les prohibía poseer, algo que no podían obtener porque no se les podía conceder sin más.





Se encontraba asomado al balcón de sus aposentos, cuando vio llegar a un viandante a su casa. El sol crepuscular le cegaba y no supo averiguar quién era, pero procedió a bajar inmediatamente para darle la bienvenida fuera quien fuese. En el vestíbulo pudo comprobar que era Claudio, quien había asistido a la asamblea matinal, y extendió los brazos para saludarle.

-¿Qué te trae a mi casa de nuevo, Claudio?

-Deseaba hablar contigo personalmente.

Con un gesto, Marco Aurelio invitó a Claudio a cruzar la vivienda y salieron al peristilo para ganar la intimidad que requería el visitante. La casa de Marco era la única en toda la villa que constaba de dos plantas y eso le dotaba de mayor majestuosidad, aun siendo poco ostentosa y careciendo de ornatos superfluos.

El procurador contempló a su amigo con preocupación, indagando a través de sus facciones las respuestas a tantas preguntas que acudían a su mente.

-Es muy serio, Marco. -Claudio entrelazó las manos a la espalda y se situó frente a su anfitrión. Marco Aurelio sabía ya a qué se refería.- No quiero alarmarte, pero es muy serio.

-¿Y cómo no ha llegado antes nada de esto a mis oídos?

-Julio ya ha padecido las repercusiones de esta afrenta -amonestó Claudio, inflexible, sabiendo que había producido una profunda herida en la sensibilidad de su compañero. Julio era para Marco Aurelio como un miembro de su familia. Le estimaba sobremanera.

-¿Qué le ha pasado a Julio? -increpó el procurador, sobresaltado.

-Ordenó a sus esclavos que dispusieran la piscina para su baño, como tenía por hábito, y entonces le respondieron: "El señor será servido". Y, de improviso, le asaltaron y vapulearon hasta casi matarlo.

-No...no lo sabía -adujo Marco, necesitando buscar apoyo sobre una columna para reposar su cuerpo. Las piernas le flaqueaban y, de repente, un sudor frío recorría sus sienes.- Iré a verle mañana temprano.

-Ve, pero con cuidado. Con suma cautela. Protégete, por favor.

-¿Insinúas que debo ir armado?





Aunque le parecía absurdo, recibió con estupor el aserto de su amigo. Claudio se marchó, despidiéndose calurosamente, y Marco Aurelio se unió en seguida a su esposa, que ya dormía. Sin embargo, no pudo descansar esa noche.



Julio yacía postrado en su lecho y saltaban a la vista las magulladuras que le habían ocasionado las agresiones de sus propios criados, pese a que la luz que penetraba en la estancia era un halo tenue y mortecino. Cuando Marco Aurelio llegó, la esposa de Julio le acompañó hasta él, comentándole que no sabía cómo había logrado sobreponerse a su madura edad. Una vez ante su gran amigo, Marco esperó a que fuera éste quien hablara primero.

-Marco... ¿Eres tú?

Marco Aurelio le estrechó la mano y la mantuvo sujeta, brindándole la fuerza de su apoyo. Suspiró aliviado al comprobar que Julio se recobraba de sus heridas, mas notaba su debilidad, cómo se le nublabla la vista al intentar abrir los ojos.

-¿De verdad fueron tus criados, Julio?

-Sí, amigo. Fue Clavius, el mestizo. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas con qué orgullo te hablaba de él? Me parecía un hombre leal y eficiente. Estaba a punto de asignarle una responsabilidad más acorde a la confianza que había puesto en él. -Hizo una pausa, humedeciéndose los labios y apretando el brazo de su joven amigo con indignación.- Pero también era fornido y poderoso. Influía demasiado sobre los demás y se dejaba influir demasiado por aquellos que creía más inteligentes y juiciosos. Se irguió frente a mí, sonrió cínicamente y masculló: "El señor será servido". Entonces, Arrio, Fobo y él mismo me abordaron y me apalearon como a un animal.

-Lo lamento, Julio. -Marco estaba consternado y no tenía palabras para revelar sus sentimientos.- Ojalá nunca hubiera ocurrido esto.

-¿Qué está pasando, Marco? -exclamó Julio exteriorizando su frustración.- ¿Cómo puede pasar esto aquí? ¿Acaso he maltratado a mis criados? Yo sólo he pretendido motivarles para que cobraran aspiraciones, para que se ganaran una vida segura conmigo, en mis propiedades. Y les ofrecí lo que jamás les habrían dado en otro lugar...





-Lo sé, Julio. Lo sé.

La esposa de Julio sollozaba. Marco Aurelio, muy susceptible, pensaba que realmente había que hacer algo.

Se sentía confuso, incapaz de afrontar aquella dificultad. Sucedió lo que parecía inverosímil. Paso tras paso, deambulaba por las calles más bulliciosas de la ciudad, camino de su casa, seguido de sus dos siervos más fieles. Ya no podía confiar ni siquiera en ellos, pues cualquiera podía rebelarse en el momento más inesperado. Y, además, tenía que resolver el problema a una escala más amplia, puesto que era procurador de la villa. Pero, ¿cómo podía reflexionar en asuntos de gobierno cuando le pisaban los talones dos posibles traidores? Les miraba de soslayo, sin volverles la espalda completamente. Y, de vez en cuando, se giraba para cerciorarse de que todo marchaba bien. Su aprensión era lógica.

Si continuaban los crímenes, tendría que recurrir a la legión y recluir a los esclavos, inocentes o culpables, conspiradores o no, antes de que algún ciudadano terminara pereciendo a sus manos, pues entonces el pueblo le recriminaría su pasividad con toda razón. En cuanto regresara a casa enviaría un mensajero para pedir consejo a sus superiores. Hasta entonces, llevaría a cabo las medidas pertinentes que resultasen más efectivas.

De momento, Claudio había actuado correctamente al reforzar la vigilancia alrededor del mercado, el lugar público más tumultuoso. Era conveniente aumentar el número de centinelas para controlar los posibles conatos de violencia.



El aliento de su siervo Veies azotó la nuca de Marco y un nudo le subió desde el estómago a la garganta. Sus dedos palparon la empuñadura del machete que portaba oculto, siguiendo la recomendación de Claudio.

-Señor. Deberíamos eludir el mercado. Corres peligro entre la multitud.





-Tienes razón, Veies.

No sabía si sentirse agradecido o demostrar su aversión, pues no podía discernir si Veies estaba intercediendo por él sinceramente, como siempre, o le estaba tendiendo una emboscada mortal. Sin duda, por el mismo hecho de ser el procurador, constituía un blanco estratégico para cualquier amotinamiento.

Mientras trataba de disipar sus severas dudas, se detuvo en un puesto y, cruzando una esquivada mirada con el tendero, tomó una manzana para probarla. La mordió y la saboreó sin que el vendedor objetara lo más mínimo. Marco Aurelio comprobó así la calidad del producto.

-Veies, compra aquí un poco de fruta.

El criado le obedeció servicialmente. No era habitual que el señor se preocupara por los deberes domésticos. Ni siquiera su mujer se encargaba de eso. Eran los siervos quienes salían a proveerse de alimentos cada día. No obstante, evidentemente, Marco estaba declarando de aquella forma su marcado desasosiego.

Fue en ese momento cuando oyeron el griterío. Entre la muchedumbre, un carro se había parado. Lo montaba Pontio, un antiguo centurión, retirado tras perder su brazo en batalla. Sus esclavos, varones de color adquiridos en el Norte de África, se negaban a hacer avanzar a los caballos y él les exhortaba con furia desaforada que acataran sus mandatos.

Pontio era un afamado personaje en la ciudad. De hecho, Marco Aurelio lo conocía bien y había conversado con él en diversas ocasiones, aunque reconocía que no le agradaba su excesivo despotismo. Todos le censuraban la crueldad con que hostigaba a sus lacayos y, por eso, a pesar de que era horrible e inconcebible, en cierta forma podía entenderse lo que ocurrió a continuación, cuando azotó con el látigo a sus tres esclavos.

-El señor será servido -profirió el más corpulento y nervudo de los esclavos negros, aproximándose a Pontio. Entonces, al escuchar aquella especie de contraseña, Marco supo que Pontio estaba condenado.

Volcaron el carro aparatosamente y sometieron al viejo centurión a una dura tortura. Dos le sujetaron y el otro le golpeó hasta que Pontio se desplomó y no pudo abrir la boca para emitir una sola queja. Sorprendentemente, la multitud no supo reaccionar ante el accidente, como tampoco Marco Aurelio. Mas éste se sintió especialmente culpable, pues





la gran mayoría de aquella barahúnda estaba formada por esclavos y gente pobre que jamás se entrometería en los asuntos de los demás.

Veies tiró del brazo de su amo y le apartó del alboroto.

-Vámonos, señor. Aquí peligras.

Cuando los soldados llegaron al lugar del altercado, ya era tarde. Los esclavos habían apuñalado a Pontio hasta matarlo y se habían lanzado a la fuga.

-Lo más extraño es que parecen coordinados -musitó Marco Aurelio, enjugándose el sudor.- Parecen actuar bajo una sola mente y, no obstante, lo hacen independiente y clandestinamente, ora acechando aquí, ora atacando en la otra parte de la villa.

-¿No deberías organizar una redada, intentar localizar al supuesto cabecilla? - propuso Liria, su consorte, manteniéndose distante, como requería la ocasión. Marco se desnudó y se metió en la piscina para tratar de relajarse.

-Cortar la cabeza de la serpiente. Ésa debe de ser la solución, sí. Y mi cometido.

Liria asintió. Se despojó también de su atuendo y se introdujo en el agua fría para hacer compañía a su marido.

-La serpiente dará entonces sus últimos coletazos y deberás guardar precaución. Los rebeldes buscarán la venganza y descargarán sus represalias sobre ti.

-Pero no es tan sencillo. ¿Quién va a delatar a alguien que, seguramente, se habrá ganado la voluntad de todos los que le rodean?

-La traición se compra, amado -opuso Liria astutamente, aconsejando a su confundido cónyuge.

-¿Con dinero?

-Con la libertad. Promete la libertad a un esclavo y tendrás a tus pies al causante de estos crímenes.

-Eres muy inteligente, Liria -sonrió Marco, incorporándose para abandonar el baño.- Juro que haré arrepentirse a ese malhechor de sus siniestros planes. -Miró a su esposa, secándose con el manto que le había tendido Proserpe, uno de sus siervos más eficaces.- Fue terrible ver morir a Pontio. Me sentí tan impotente... ¿Han sido fútiles mis esfuerzos por lograr la paz en esta ciudad?

Nadie contestó.





Al despertar de su inquieto letargo, se dio cuenta de que todo podía haber sido sólo una tremenda pesadilla. Se sentía entorpecido por un mal descanso, aunque la tranquilidad que le insufló su esposa le permitiera conciliar el sueño. Había amanecido hacía poco y Liria yacía cerca. Recordó que, mientras intentaba dormir, había tomado la determinación de alejar de ellos a todos sus esclavos mientras durase aquella confusión y no fuera sofocada la sublevación. Se apaciguó imaginando que en escasos días el mensajero que había enviado volvería con la solución a su problema.

Marco Aurelio acudió al peristilo. Veies y Proserpe le seguían por la galería con naturalidad, aguardando sus órdenes. Probablemente deseaba que le sirvieran algo de comer para romper el ayuno.

-Veies, necesito afeitarme para salir.

El criado se inclinó reverente y marchó, volviendo poco después con el material preciso para el afeitado. Marco Aurelio se había sentado frente a una ventana y se había perdido de nuevo en sus cavilaciones. Con un ademán, hizo que Proserpe descorriera la cortina que cubría la ventana, mientras Veies afilaba la cuchilla y se disponía a iniciar la operación.

A través de la ventana, que daba a la calle, Marco vio la calma que inundaba la ciudad, aparentemente aún dormida. Veies colocó la hoja de la navaja bajo el mentón de Marco, haciéndole levantar la cabeza. Y, al elevar la mirada, vislumbró el humo oscuro de un incendio tras la ventana, los cadáveres ensangrentados a lo lejos yacentes en la avenida, la desolación a que había conducido la rebelión consumada aprovechando la noche.

-El señor será servido -dijo Veies.

Los ojos de Marco Aurelio se dilataron, azorado por el pánico, y se percató de lo fácil que se lo había puesto al implacable Veies.



Segundo Premio del IV Concurso de Cuentos de la Facultad de Matemáticas,
Universidad de Sevilla (1996).
Publicado por Ediciones Logosur en el libro de relatos *Cortos Virtuales* (2004).





Contexto Histórico:

La Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) trajo consigo la crisis de la pequeña propiedad campesina en la península itálica, causada por las devastaciones del ejército de Aníbal, pero también por el esfuerzo bélico romano, ya que las levadas militares afectaron a un gran número de campesinos libres. Italia estaba exhausta y el ingente botín no había enriquecido a todos por igual, ya que en su mayor parte benefició sólo a unas pocas familias senatoriales.

El Senado se mostró incluso hostil a distribuir tierras entre la masa de campesinos libres empobrecidos que no tenían otras opciones que pasar a formar parte del proletariado urbano, enrolarse en el ejército para sobrevivir con la paga o alquilarse como braceros en los latifundios de los terratenientes. Había, pues, un malestar social latente.

Esto quedó demostrado entre 136 y 132 a.C. con la llamada “guerra servil” (de *servus*, esclavo) en la que el esclavo Euno, de origen sirio, se sublevó al frente de sus iguales de los grandes latifundios sicilianos. La situación se reproduciría entre 104 y 101 a.C. con un nuevo levantamiento de esclavos en Sicilia y la “guerra social” (de *socii*, aliados) entre 91 y 89 a.C., en la que los itálicos se levantaron contra Roma para exigir la plena ciudadanía. Por último, hacia el año 73 a.C. se inició la conocida revuelta de Espartaco, que puso en jaque al Imperio Romano.

